

(DES)CONTAR

Faltan ciento cincuenta y seis horas y treinta y siete minutos para que el panel luminoso del aeropuerto de Barajas anuncie la salida de nuestro vuelo con destino a París.

Haremos ese viaje. Me lo repito mientras pongo nuestros móviles en silencio. Mientras recorro la habitación de lado a lado.

En el suelo hay cincuenta y cinco baldosas blancas. Te han atendido ya seis enfermeras diferentes en las setenta y dos horas que llevas aquí, cuatro de ellas rubias. Dos de ellas con mechas. Y yo no puedo dejar de llorar, con unas lágrimas tan abundantes, que no me da tiempo a contar.

Ha ocurrido algo en la pantalla que muestra tus constantes y me han echado de la habitación. Al parecer tus pulsaciones no alcanzan la cifra deseada y tu frecuencia respiratoria se ha alejado de forma alarmante de la del tipo Cheyne-Stokes, hace solo unos minutos que me he enterado que existe un tipo de respiración con nombre y apellido y he pensado que sería estupendo que recuperaras tu respiración anónima.

Llevo fuera siete minutos y treinta segundos.

Me he quedado paralizada frente a la ventana. No puedo pensar. Solo cuento. En el aparcamiento que hay cuatro plantas más abajo hay diez vehículos rojos, veinte blancos y cuatro plateados.

El blanco es ahora el eje de nuestra existencia. Hasta la esperanza está cubierta de blanco.

El móvil vibra en mi bolsillo.

Tengo diecisiete llamadas perdidas y cuarenta y cinco mensajes de whasap sin atender. En tu móvil no hay tantas. Sé que debo responder y tranquilizar a tu familia y a nuestros amigos. Pero no puedo oír de mis labios que los médicos no saben si volverás a ser quien eras. Decir en voz alta que tengo miedo de perderme en tu desmemoria y convertirme en una extraña para mí misma.

La puerta se abre. Me dicen que estás otra vez estable. Yo te veo igual. La misma palidez. Tu inmovilidad. Y tu silencio.

Ese silencio que te convierte en otro.

La enfermera me dice que debería ir a casa. Darme una ducha. Descansar. Me pregunto si mi aspecto será tan deplorable. Pero no puedo dejarte solo. No hasta que llegue tu madre. Pobrecilla, menudo susto le habrán dado los de la agencia. Fuiste tú quien la empujó a desprenderse de un luto innecesario.

Y se fue.

A China.

Consulto en google la distancia que nos separa de China. Ocho mil novecientos cincuenta y ocho kilómetros nada menos. Me imagino a tu madre recibiendo la noticia en mitad de una visita a la Gran Muralla, o recorriendo la plaza de Tianananmén y me pregunto cómo será el dolor a casi nueve mil kilómetros de distancia.

Por la ventana han cruzado tres nubes preñadas de grises que amenazan lluvia. Para mí la lluvia es un buen presagio.

Llovía el día que te cruzaste en mi camino. Ambos buscábamos un taxi que acabamos compartiendo. Yo le di mi dirección al taxista y tú la tuya dos calles más abajo.

Pero sólo hubo una parada.

Hablabas sin parar, todavía no sabía que lo haces cuando estás nervioso, me hiciste reír y te invité a subir a casa. Pedimos unas pizzas. La tuya peperoni, la mía hawaiana. Fue una temeridad invitar a un tío que acabas de conocer en un taxi a comer en casa, lo sé, pero cuando todo va mal, seguir un impulso no hará que las cosas vayan peor.

Recuerdo que pagaste la carrera, cuarenta y cinco euros con cincuenta y seis céntimos. Para compensar, yo pagué las pizzas.

A los dos meses y tres días te mudaste a mi casa. Y nunca nos hemos separado. Hasta que ha ocurrido esto. Había olvidado lo vacía que se siente una sin besos ni risas, esa carencia se instala en los pulmones, en la boca del estómago y en el corazón, hasta convertirse en una bilis amarga que sube hasta la boca y provoca una náusea seca.

Ha llamado tu madre. Llegará al aeropuerto dentro de una hora y veinte minutos. Calculo que el taxi tardará en llegar hasta aquí cuarenta y cinco minutos, así que voy descontando el tiempo que falta para separarme de ti y ya me duele. Pero debo ir a casa. Recoger el correo. Regar las plantas. Darme una ducha y cambiarme de ropa. Si me vieras... No te gustaría mi aspecto.

A mí tampoco me gusta el tuyo.

Quisiera pulsar un botón y dar marcha atrás. Volver a nuestro salón. Mirar otra vez los horarios de los vuelos a París. Consultar los partidos de fútbol programados. Y prometerte otra vez que sí, que los veremos todos, y que tú me prometas -otra vez- que iremos de tiendas. Y después hacer el amor como si fuera la última vez. O la primera. Calculo que lo habremos hecho aproximadamente unas cuatrocientas sesenta y ocho veces desde que estamos juntos, y todas y cada una de ellas han sido especiales. Siento un escalofrío pensando si la de hace setenta y ocho horas fue la última y en qué pasaría entonces con las caricias que aún tenemos sin estrenar.

Otra vez el móvil. Esta vez el tuyo. En la pantalla un número que no conozco.

Rechazo la llamada.

Llevas ya ciento sesenta y ocho días en coma. Pero no te dejamos solo nunca. Nos turnamos junto a tu cama y te hablamos. Tu madre te cuenta tu vida. Dice que así, cuando despiertes, estarás menos desmemoriado. Me he enterado de que eras un niño muy inquieto. Que sacabas buenas notas en lengua. Que tuviste tu primera novia a los dieciséis. María, se llamaba, y que estuvisteis juntos hasta que te viniste a Madrid a estudiar.

Yo te hablo del futuro. De que iremos a París, de que tenemos que repintar las paredes porque ya no se llevan los colores, que las vamos a pintar de blanco roto, y te explico que se llama roto porque no es blanco del todo.

¿Sabes? he decido pedir una excedencia en el trabajo. En el bufete no pondrán impedimentos, son muy comprensivos con las mujeres embarazadas y de París volveré embarazada. De un niño. Jaime, lo llamaremos, ¿te gusta?, es un

nombre corto y suena bien. Serás un buen padre estoy segura. Y pienso que quizás la habitación pequeña, como excepción, la podemos pintar de azul.

El doctor me interrumpe. Dice que te van a hacer unas pruebas. La habitación se queda vacía y aunque el silencio es el mismo, parece otro.

Empieza a llover.

El sonido de la lluvia me anima. Es un buen presagio.

Y empiezo a descontar penas.

A contar esperanzas.

Me ha parecido que has parpadeado.

Seguro que las cosas cambiarán.

El coágulo va a reabsorberse, en unas horas empezarás a reaccionar y volveremos a casa.

Yo olvidaré que te ha llamado María. Que se enteró de lo tuyo y quería venir a verte. Me suplicó trece veces que la dejara venir. Y trece veces me negué.

Pero la vez catorce se presentó sin avisar.

Es muy guapa, algo más alta que yo y con el pelo corto. A ti te gustan las melenas, la mía dices que es perfecta.

Olvidaré todas las palabras que dijo sin cortarse, así, de seguido. Que os encontrasteis por casualidad hace doce meses y que tuvisteis una aventura, que yo estaba de viaje, que la culpa fue de ella, que tú te dejaste llevar. Que es a mí a quien quieres.

Olvidaré que, aunque nunca te lo he dicho, no puedo tener hijos y que Jaime es el nombre del niño de María, tiene tres meses y diez días y crece sano y feliz.

María traía un perdón muy grande en los ojos que le bajó a la boca.

Dice que quizá debió decírtelo. Que tenías derecho a saberlo.

La corrijo.

Tienes derecho a saberlo.

El doctor trae malas noticias. Pero yo no le oigo. Estoy demasiado ocupada descontando realidades.